

“Por amor a Miguel Espinosa”

Almudena Grandes

*El Mundo*, domingo 26 de mayo de 1991

*Me llamo Asklepios, y de tarde en tarde tomo la pluma para confesarme, lo cual hago por cumplir la necesidad de experimentarme verdadero como ordenó Demócrito.* Esta frase, que leí hace bastantes años, sobre la mesa de una librería en un libro muy feo que llevaba el sello de una editorial desconocida y que hojeé, más que por azar, por error –deduciendo equivocadamente de su título que se trataría de un estudio sobre los hechos o la naturaleza de la divinidad sanadora de los antiguos griegos-, me reveló la luminosa existencia de un escritor español llamado Miguel Espinosa, al que no había oído citar a nadie, siquiera de pasada, en toda mi vida.

Tal vez por eso compré aquel libro, y lo leí de un tirón y, al hacerlo, me enfangué irremediablemente en uno de los placeres intelectuales –y les aseguro que en este contexto, aquel adjetivo deja de ser una palabra vana para recobrar íntegramente su primer sentido- más intensos que me ha sido dado disfrutar jamás. Desde entonces, amo a Espinosa, y lo amo apasionadamente, con rabia, y hasta con rencor hacia quienes le depararon una vida atroz, esos asquerosos gusanos académicos que le expulsaron de la Universidad, para convertirle en representante de las mandarinas Satsuma, esa zorra asquerosa que fingió amarle para ascender socialmente a su sombra y escupirle luego, convertida ya en pintora pública, que ella siempre había sido lesbiana y no había dejado de fingir a su lado ni un segundo, esa asquerosa sociedad de provincias que le trató siempre como a un meteco, a él, que fue quizá el más sabio de los hombres de su tiempo.

Amo a Espinosa, y esperaba que ustedes pudieran amarle pronto, pero el jurado del Premio Nacional de Literatura ha decidido cancelar este año una deuda no menos injusta, y *La fea burguesía*, obra póstuma del que tampoco ahora dejará de ser un genio minoritario –si no, a estas alturas maldito-, se ha quedado por el camino. Él siempre despreció a quienes habitan la actualidad. Como probablemente ya no habrá otra

ocasión de rescatarle para las multitudes, leer sus libros continuará siendo una manera de habitar el hecho, la realidad que permanece.